

« La labor de ALHIM y el pensamiento de Colectivx Ch'ixi »

Quiero agradecer a Vicente por haberme propuesto contribuir a esta sesión y por haberme abierto la puerta a este “mundo” que es la visión ch'ixi, porque la verdad que no la conocía, y eso que el/la Colectivx ch'ixi existe desde 2008. Lo que muestra lo que dice Silvia Rivera Cusicanqui en cuanto a la necesidad de ir más allá de lo encubierto. Quiero agradecerle también por haberme prestado su edición del libro de Silvia Rivera Cusicanqui, *Un mundo ch'ixi es posible*, publicado en 2018 en las ediciones Tinta Limón, en Buenos Aires, a partir del cual he podido reflexionar. Me ha aportado mucho y me va a seguir aportando, tanto al nivel personal, en lo artístico, como en mi investigación.

Creo que podría aplicarme a mí misma lo que dice SRV respecto a su trayectoria y la aparición de esta noción en su horizonte: “Lo Ch'ixi apareció en mi horizonte cognitivo cuando todavía no sabía nombrar aquello que había descubierto a través de mis esfuerzos de reflexión y de práctica, cuando decía “esa mezcla rara que somos”. Y me parece que también puede aplicarse a ALHIM, un lugar de autopoiesis, una comunidad, donde la construcción de un nosotros está siempre en proceso, según la concepción de Silvia Rivera Cusicanqui.

Hay cosas que parecen evidentes, que intuimos, sin saber realmente por qué o sin incluso buscar ponerle palabras. Silvia Rivera Cusicanqui parte de esta constatación que existe una crisis de sentido, que conlleva una crisis de las palabras. Podría parecer paradójico publicar un libro a partir de esta idea. Pero es, al mismo tiempo, un regalo, ya que la lectura de este libro y la indagación en lo ch'ixi llegan como una bocanada de aire, en estos tiempos en que la noción de etnicidad, descolonialismo y raza están siendo objeto de debates e incluso polémicas en el ámbito académico y político francés. Me parece que aquí tenemos una “veta”, una propuesta para salir del callejón sin salida que suponen y conllevan estos debates tan alejados, a veces, de las vivencias y las sensibilidades, de las cotidianeidades de los “sujetos”.

Quiero agradecer también a ALHIM y Paris 8 por hacer que este espacio de reflexión sea posible. En general, para oír hablar de cosmogonías y cosmovisiones indígenas, hay que irse por el lado de la antropología, la etnología o la sociología. Yo como estudiante he encontrado en ALHIM un espacio donde se podía pensar estas cuestiones, siempre tomando en cuenta sus dimensiones culturales, sociales y políticas. Un espacio donde no se considera a las

comunidades indígenas como entidades aisladas, congeladas en una identidad y un espacio/tiempo aparte, sino donde se toma en cuenta sus dinámicas de intercambio, de sociabilidad, de negociación con los estados y las sociedades latinoamericanas, tomando en cuenta y aprendiendo de sus visiones del ser y del mundo. Un espacio donde se observa, se cuestiona, sin voluntad de “categorizar” necesariamente, donde se toma en cuenta los “grises”, las articulaciones de lo individual con lo colectivo. Esto es lo que hace que una sesión de este tipo sea posible, a los veinte años de existencia del grupo.

Este momento constituye a la vez un fin y un principio de ciclo ya que, como todos sabemos, ha llegado la hora para Vicente volver a su tierra natal y dedicarse a otras tareas, que seguramente se inscribirán en una continuidad con todo lo que ha hecho hasta ahora como docente e investigador. Seguro que seguirá tejiendo vínculos como lo ha hecho siempre. Aprovecho para agradecerle todo lo que me ha enseñado. Sin querer caer en la facilidad ni en la trampa de las “palabras mágicas”, que denuncia y critica Silvia Rivera Cusicanqui, podríamos decir que se abre un nuevo Pachakuti, tanto para ALHIM como para París 8.

Quisiera primero volver sobre la visión *ch'ixi* y sobre la trayectoria de Silvia Rivera Cusicanqui, porque me parece que tanto su personalidad como sus realizaciones ilustran por sí solas lo que significa e implica esta noción. Más que una noción teórica, *ch'ixi* es una forma de ser y estar, de existir en el mundo. Se manifiesta tanto en lo académico y lo literario como en las artes y las prácticas cotidianas, en lo íntimo. Se refiere, ante todo, a una vivencia, a la experiencia, y por eso, dejaré a Silvia Rivera Cusicanqui la palabra y mostraré un pequeño fragmento de un video donde cuenta ella misma cómo surgió todo esto¹.

Como muchos ya saben, Silvia Rivera Cusicanqui, quien se designa a sí misma como una “vieja joven”, tiene una trayectoria que se inscribe en la Bolivia de los años 1960 y 1970, marcados por el surgimiento del movimiento katarista aymara, la radicalización del movimiento minero, la difusión del pensamiento marxista, la revolución y la dictadura, los exilios. Nacida en La Paz, en 1949, es socióloga y enseñante –fue docente en la Universidad San Andrés y dio clases en universidades de México (UNAM), en Brasil, en Argentina, pero también en EEUU y España. Como ya lo subrayó Vicente, fue directora y co-fundadora del Taller de Historia Oral Andina (THOA), desde donde se cuestionaron las epistemologías tradicionales y se desarrolló una reflexión sobre oralidad e historia oral. Pero también es cineasta, guionista, fotógrafa... una

¹ Entrevista a Silvia Rivera Cusicanqui por Mayra Estévez y Fabiano Cueva, Centre Experimental Oídos Salvajes, Gayaquil, Ecuador, 2012. En línea en la página Facebook del/la Colectivx Ch'ixi y en YouTube : <https://fr-fr.facebook.com/colectivxchixi/> y <https://www.youtube.com/watch?v=7pGICIJpcc4>.

artista. El/la colectivx Ch'ixi, impulsadx en 2008, constituye un espacio/tiempo en el cual se pone en aplicación lo ch'ixi en lo concreto, a través de actividades de diverso tipo –talleres de reflexión, eventos culturales y artísticos, pero también, simplemente, momentos de siembra marcados por rituales vinculados con la Pachamama. Notemos de paso que este colectivo surge en un contexto en el que se multiplican los colectivos de iniciativa popular, no sólo en Bolivia, sino también en Argentina y otros países de la región –en las vísperas de las celebraciones nacionales de los Bicentenarios.

También la trayectoria de Silvia Rivera Cusicanqui se inscribe en un proceso personal de recuperación de la cultura materna. Pero su sensibilidad al mundo aymara, la atribuye sobre todo al vínculo muy fuerte que la unía a su nana, que le hablaba y le cantaba en aymara. Esta dimensión afectiva muestra la relatividad de lo étnico, y hasta qué punto se trata también de afinidades, vivencias compartidas, músicas, sonidos, imágenes de la memoria. Cuenta en el libro que fue cuando falleció su madre que empezó a interesarse en la Pacha y estas nociones propias de la visión del mundo aymara.

Como ya explicó Vicente, la palabra *ch'ixi* viene del aymara. Significa “gris manchado” o jaspeado, y se refiere a unas piedras que parecen grises, pero llevan unas manchas con distintos tonos. Silvia Rivera Cusicanqui aprendió la palabra *ch'ixi* de boca del escultor aymara Víctor Zapana, quien le explicó “qué animales salen de esas piedras y por qué son animales poderosos”. Son, según él, entidades *ch'ixis*, “que son poderosas porque son indeterminadas, porque no son blancas ni negras, son las dos cosas a la vez. La serpiente es de arriba y a la vez de abajo; es masculina y femenina; no pertenece ni al cielo ni a la tierra, pero habita ambos espacios, como lluvia o como río subterráneo, como rayo o como veta de la mina” (*Un mundo ch'ixi es posible*, 2018). En quichua existe también un equivalente, que es la palabra *ch'iqchi*. Explica Silvia Rivera Cusicanqui (p. 16): “En Oruro, Potosí y otras ciudades mineras de población qhichwa hablante, al mecánico o tornero que se ocupa del mantenimiento de la maquinaria se le apoda *ch'iqchi* (gris manchado)”.

Para teorizar lo ch'ixi, Silvia Rivera Cusicanqui se nutre del pensamiento de René Zavaleta y su noción de lo abigarrado, con la cual este autor quiso entender la heterogeneidad de la sociedad boliviana, en toda su profundidad histórica. Para ella, “en el aboradaje zavaletiano, su curiosidad por los esquistos mineros (fragmentación y mezcla de minerales por obra de movimientos tectónicos de diversas épocas geológicas) resuena en la imagen de la manchas o jaspes sociales de diversa profundidad histórica entreverados agónicamente”. En París,

tendríamos más bien los matices grises del cielo y las veredas de la ciudad, o el gris brillante de la mica que se usó para hacer las escaleras del metro.

Sin embargo, en contraste con la noción de abigarramiento, la de epistemología ch'ixi, elaborada colectivamente, es “más bien el esfuerzo por superar el historicismo y los binarismos de la ciencia social hegemónica”. Pensar, ser, crear desde lo ch'ixi significa hacerlo desde un “espacio intermedio donde el choque de contrarios crea una zona de incertidumbre, de fricción y malestar, que no permite la pacificación ni la unidad, una franja no es una simbiosis ni una fusión de contrarios”, y que tampoco es una hibridación. Ni siquiera se puede hablar de identidad. Lo híbrido, el que fusiona identidades, sería más bien el *pä chuyma*, el que está dividido en dos, que duda entre dos acciones, y finalmente resuelve el conflicto interior fusionando en una unidad –la nación y la identidad nacional, por ejemplo. Lo ch'ixi consiste en la fuerza creadora de la contradicción. Es la chispa que va a permitir que surja un amuyt'añi, un pensamiento en común, descolonizador, liberador, fundado en el reconocimiento de lo múltiple, su contradicción y su complementariedad. Se trata de superar la dualidad, la división, sin caer en la homogeneización de lo Uno.

De hecho, la crisis que vivimos hoy con la pandemia tiene para ella dos aspectos positivos: el de restablecer el valor del gesto corporal y de la palabra; y tener que inventarse nuevas formas de comunidad y de comunicación². En este proceso, y más aún en el contexto particular que nos toca vivir a nivel mundial, las mujeres y los jóvenes tienen un papel central. Pensar desde lo ch'ixi, es pensar desde la sensibilidad y la cotidianeidad, en un “sentipensar” permanente, que conlleva también un proceso creativo.

Aunque Silvia Rivera Cusicanqui sea una de las primeras autoras en dedicarse a la teorización de una noción ch'ixi, fue elaborada colectivamente y varios autores y artistas se reconocen en lo ch'ixi, aplicando el contexto a sus creaciones. Existen otros colectivos, por ejemplo, el colectivo Situaciones (Buenos Aires, Argentina). Entre los pensadores y creadores, se encuentran también Fausto Reinaga, Franz Tamayo, Gamaliel Churata, Jaime Mendoza, que reconocen la dimensión colonizada de las elites políticas e intelectuales en Bolivia –y de hecho, su propia condición de colonizados– y ponen en cuestión la noción de mestizaje como sinónimo de “fusión” y “olvido”. Lo interesante de esta noción es que diluye las fronteras y puede

² Ver Colectivo Yama y Chawpi (laboratorio de creación), “Inti Raymi 2020: celebración en tiempos de distanciamiento. Rito, fiesta y sublevación”, segunda actividad propuesta en línea en el marco del Webinar Raymipacha. Teatralidades festivas, 17 de junio de 2020: https://fr-fr.facebook.com/WambraEC/videos/693488604820816/?fref=mentions&__tn__=K-R

aplicarse tanto en Bolivia como en otros contextos, porque se aplica primero en la esfera de “lo interior”, de lo personal y lo íntimo, dentro de la colectividad. Se vuelve muy pertinente ahí donde hubo colonialismo, racismo y discriminación para entender los procesos individuales de (re)invención del sí; también donde se tiende a borrar y olvidar que el ser humano se inscribe, tanto como los animales o los otros seres que habitan este planeta, en un aquí ahora que es también geográfico (lo cual toma un sentido particular en las zonas urbanas, sin por lo tanto caer en un determinismo).

Esta visión es “descolonizadora” porque permite salir y contrarrestar una tendencia que podríamos tener, en las esferas académicas, a lo que llama la “fetichización de los conceptos”, que implicaría considerar la noción de lo ch’ixi como producto de una visión esencialista de lo cultural. Se trata, para Silvia Rivera Cusicanqui, de ir más allá, y verlo más bien como una episteme y una noción filosófica y emancipadora, una metáfora. Sucede lo mismo con “lo indígena”: más que una identidad, es para ella una episteme. Es descolonizadora también porque implica incluir en las formas de pensar otros códigos y prácticas, desarrolladas muchas veces por sectores llamados “marginados” y desde la cotidianidad: “Para evitar la fetichización de los conceptos, que es tan propia de los debates decoloniales o postcoloniales, pero también del discurso político del “proceso del cambio”, nos resistimos a toda modalidad del pensamiento fundada en la separación, en el binarismo y en el divorcio entre el pensar y el hacer. En el ámbito más concreto, se trata también de repudiar la separación entre el pensar académico y la reflexividad diaria de la gente de a pie, ese pensar que surge de las interacciones y las conversaciones en la calle, de los sucesos colectivos vividos con el cuerpo y los sentidos” (p. 86).

Creo que ALHIM ha tenido, desde el principio y su fundación por Perla Petrich hace veinte años, un acercamiento similar al que está descrito. La gente de a pie, también es la gente que cruza los ríos, los mares, las montañas y las fronteras nacionales, en busca de... . Somos también nosotros, los inmigrantes latinoamericanos llegados a estas tierras, que a veces deciden volver, o no, o que simplemente no pueden, como se ha abarcado en los varios números que trataron de migraciones, desde distintas perspectivas, incluso la indígena (n° 27, 2014) o la de género (n° 31, 2016). Esta perspectiva es la que ha prevalecido en ALHIM desde sus inicios. Se ha mantenido cuando se trató de abrir las temáticas a las cuestiones de identidad y de memoria, incluyendo las problemáticas vinculadas con lo indígena (n° 10, 2004), esfuerzo que el número que coordinó Vicente con Arauco Chihuailaf en 2018 vino a prolongar (n° 36, *Los pueblos indígenas de “Nuestra América” en el siglo XX*). También cuando se trató de dedicarle

un número a los límites de la interculturalidad y sus aplicaciones desde el poder (n° 13, 2007); o a las celebraciones y a los símbolos nacionales (n° 33, 2017). Y cuando se planteó la cuestión del mestizaje en uno de los artículos del número dedicado a las culturas musicales en América latina, que pude coordinar con Júpiter Ossaba (n° 35, 2018), el que me señaló y señaló al autor del artículo en una evaluación que había que matizar e indagar un poco más en esta noción, fue Vicente.

A lo largo de estas décadas, se dio la palabra y un espacio a las voces silenciadas, como las de los hijos de genocidas que decidieron crear un colectivo, Historias Desobedientes, para repudiar los actos criminales de sus padres durante la última militar y en los años previos del Plan Cóndor. Se dio un espacio para la visibilización y la comprensión de las prácticas indígenas, a través del rito y sus significaciones, en un número dedicado a las comidas rituales en México y en Guatemala (n° 2, 2013) –que refleja, de paso, el apego de nuestro grupo para estos momentos de reunión y convivialidad, que tanto extrañamos –, e incluso, a través de las prácticas médicas (n° 40, 2020), aspecto que merecería ser desarrollado. La cuestión de género está siempre ahí, rondando, de cerca o de lejos, y un próximo número tratará de los feminismos dichos “periféricos”.

Creo que, en este entrelazamiento de temáticas que aborda cada número de ALHIM, en esta “mezcolanza”, para retomar la palabra de Silvia Rivera Cusicanqui, nos faltaba sin embargo cuestionar más la herencia colonial, su fisura, y nociones como “identidad”, “mestizaje” o “indígena”, que no son tan evidentes. Los trabajos de Silvia Rivera Cusicanqui y la visión de lo *ch'ixi* abre pistas para reflexionar y (re)inventar. Muchas temáticas podrían ser trabajadas, que tienen que ver, por ejemplo, con las temporalidades, las memorias orales, lo vinculado con el idioma, la (re)construcción de sentidos para el individuo y la comunidad, las formas de sobrevivencia y resistencia en el cotidiano, sus formas de articulación con la política y la economía, las economías alternativas / alternativas económicas (trueque, economía del ritual, economía de parentesco...), y por supuesto, los colectivos, sus prácticas y sus medios de difusión (prácticas artísticas, creación de editoriales, medios de comunicación, redes, etc.).

Como dice el poema de Antonio Machado, “se hace camino al andar”, y estoy convencida de que esta dinámica a la vez creativa y exigente que ha caracterizado ALHIM a lo largo de estas dos décadas de existencia, seguirá.